

REVISTA DE REVISTAS

Revista de la Juventud Católica. (Agosto de 1924). *La repartición proporcional escolar*, por el Dr. RÓMULO AMADEO.

Libertad y subvención de la enseñanza.

La libertad de enseñanza no es la última palabra en la lucha por la justicia escolar. Ella es innegable, es legítima, es impostergable, pero ¿qué hace un pobre lleno de derechos y sin socorro alguno? Tiene la gloria de morirse de inanición envuelto en la mortaja de su soberanía. Por eso decía Lacordaire que «entre el débil y el fuerte, la libertad es la que oprime, la ley es la que liberta».

No basta que a los institutos privados de enseñanza y a las escuelas particulares se les dé la libertad en sus horarios y programas, en sus métodos y en su libre expedición de diplomas. En una carta colectiva dirigida por los cardenales, arzobispos y obispos de Francia a los católicos del mismo país en 1.º de junio de 1919, decían:

«La justicia, el respeto de las conciencias y de los derechos sagrados de los padres exigen que esas escuelas sean subvencionadas con los fondos públicos proporcionalmente al número de sus alumnos» (1).

Esta es la repartición proporcional escolar por la cual se batían especialmente los católicos en varias partes del mundo.

La libertad de enseñanza, repitámoslo otra vez, es el derecho que tienen los padres de familia de educar a sus hijos.

Porque ellos les han dado la vida física, tienen derecho de la naturaleza a darles la vida intelectual y moral. Cuando sus ocupaciones no les permiten dar directamente esta educación, eligen sus maestros, que son sus delegados. El Estado según el Derecho Natural y Público, no tiene entre sus fines primarios y esenciales, *el de enseñar*. Debe sí cooperar con la enseñanza privada, ayudarla y aun reemplazarla cuando fuere nula. Debe acordar a las escuelas libres el derecho de establecer sus programas, horarios y métodos y expedir por derecho propio sus diplomas. El Estado continuará ejerciendo en ellas sus atributos fundamentales de cuidar la higiene, el orden, el respeto a la nacionalidad, y aún exigir un *mínimum* de instrucción; pero no puede erigirse en soberano y dictador, en propietario y único dispensador de la enseñanza.

La libertad de enseñanza está reconocida por la Constitución Nacional como en las Cartas Magnas de los principales países civilizados, y es difícil encontrar quien la discuta doctrinariamente; pero sí encuentra en las leyes o en la práctica obstáculos a su ejercicio mediante el monopolio que se acuerda al

(1) BESSIERES. «Pour la justice Scolaire». La R. P. S. Año 1921, p. 14.

Estado en injusta usurpación de los derechos que pertenecen a los padres de familia (1).

Dicen algunos, que como táctica no conviene a los católicos reclamar la libertad de enseñanza porque, siendo en principio aceptada por socialistas y liberales, la demanda de los católicos podría hacer pensar en fines tendenciosos y así malograr el éxito. Mejor es, dicen, dejar que la pidan los centros neutros o las escuelas no católicas. Mi opinión es contraria. Si los católicos esperamos que otros pidan la libertad de enseñanza, nos moriremos de viejos aguardando el éxito. Puede haber quien la pida fuera de los católicos; pero serán voces aisladas, sin fuerza material ni moral, voces que escucharán nuestros parlamentarios con la misma atención con que oyen el reclamo de la bizneta de un guerrero que pide pensión. Nadie tiene interés como los católicos en la libertad de enseñanza; nadie como ellos, por lo menos en nuestra patria, tiene poder para alcanzarla.

Los católicos debemos reclamar la libertad de enseñanza a cara descubierta, con franqueza y con energía, si se dice que hacemos el reclamo por interés particular y no por amor al principio, ¡muy bien! ¿y qué tiene de malo? Los hombres se mueven por intereses; tan es así que Dios, que es la sabiduría infinita, nos puso el cielo para que tuviéramos interés en la virtud, y el infierno para que tuviéramos interés en huir del pecado. A nadie le importa si nosotros tenemos interés en la libertad de enseñanza; básteles saber que es un derecho superior que se reclama, instituido por la naturaleza y respetado por la Constitución.

Es interesante hacer notar que en los países de Europa, donde se ha obtenido la libertad de enseñanza, han sido principalmente los católicos quienes lucharon por ella con más constancia y energía.

Y a quienes arguyan esto como medio de oposición, debe responderse con el socialista militante Georges Deherme en su libro «La Democracia viviente»: «Si verdaderamente en la libertad, no hay más que la Iglesia que pueda organizarse y fortificarse, es que ella, es una verdad social. Y si el libre pensamiento es impotente, es que él es un error».

Con la misma razón que los católicos, cualesquiera minoría que tenga sus ideales dentro de la legalidad puede reclamar su derecho a gozar de la libertad y recibir subvención para sus escuelas.

La repartición proporcional escolar presupone la libertad de enseñanza, pues es contraria a derecho la subvención fiscal otorgada como una limosna. Así en la Provincia de Buenos Aires se subvenciona a las escuelas particulares, pero esto, como una gracia del Príncipe y no como el reconocimiento de un derecho natural y pleno.

Siendo la enseñanza una función de los padres de familia que ni aún los Parlamentos pueden arrebatárles, por ser un derecho natural, el Estado debe proporcionar la enseñanza que esos padres deseen, y si hubiere disparidad entre los mismos padres o entre las ideas de éstos y las del Estado, el Poder público está obligado a subvencionar las escuelas de aquellos que ofrezcan garantías de seriedad y de acuerdo con el número de sus alumnos.

(1) N. de la R. Esta materia está tratada detenidamente en la meditada obra del autor del artículo «La libertad de enseñanza», Bs. As., 1923.

La escuela laica.

¿Y qué repulsión tan importante pueden tener los padres hacia las escuelas del Estado? Será la primera pregunta que muchos padres nos dirijan. Una repulsión fundamental y muy justificada, una repulsión que el mismo Estado tendría que sentir hacia ellas si se diera bien cuenta de su deber y de sus intereses; esa será nuestra respuesta.

Los dineros que el Estado percibe de todos los padres de familia para la enseñanza, los emplea en la escuela laica, que es la escuela atea, la escuela contra Dios.

Las leyes laicas que fueron resueltas por acuerdo de Roca y Wilde como una maniobra política (según lo ha demostrado en un seminario de nuestra Facultad de Derecho un distinguido profesor), no representan en la enseñanza la escuela neutra como lo quería con sinceridad o no, el último de los nombrados, sino que importa la escuela contra Dios.

La escuela neutra es imposible que exista. Ante todo porque el que no habla de Dios, ofende a Dios. Es un deber integral del hombre rendir tributo a Dios que es su creador, buscarlo con su inteligencia, amarlo con su corazón, alabararlo con su boca. Para los padres de familia católicos se coloca en una plena beligerancia, el maestro de su hijo que no le habla de Dios, y este mismo, con su palabra soberana y definitiva condenó la neutralidad en esta materia, diciendo: *El que no está conmigo está contra mí.*

Es sabido que los hombres no pueden pasarse sin nombrar a Dios; lo nombra el que lo reconoce y lo nombra el que lo niega; lo recuerda el adulador como el blasfemo. La preocupación religiosa es tan grande en el hombre, que estoy convencido que hablan más de Dios los que lo niegan que los que lo reconocen, y esto no es una paradoja, porque los unos están llenos de El y los otros están intranquilos con su ausencia.

Un maestro, para ser neutral en materia religiosa, tendría que ser un eunuco moral o un equilibrista de ideas tan consumado que mereciera los honores del bronce y de la gloria. Porque hay que ser bien ingenioso para hablar de historia, de filosofía o astronomía, sin emitir una opinión religiosa o sin dejar traslucir en la palabra, el ademán o el gesto qué es lo que se piensa sobre el particular. En verdad, que si yo encontrara un hombre con estas condiciones, pediría al Congreso un monumento para él, y con mi sola firma me lo acordarían. ¡Tan extraordinario y sobrehumano sería ese hombre!

No somos nosotros los únicos que decimos que la escuela neutra es una mentira. Testimonios de personas insospechables lo declaran también.

«La escuela neutra es la escuela nula», decía Julio Simón. «La escuela neutra, decía el gran pedagogo Dorpfeld, es triplemente antipedagógica; porque en tanto que la sana pedagogía aconseja que la religión forme el centro de la enseñanza, en la escuela neutra es desglosada y aislada en las asignaturas. Mientras que la educación aconseja la armonía de todos los factores, quedan éstos diseminados en la escuela neutra: la asociación escolar, el colegio de maestros y la enseñanza» (1). Y Benedetto Croce, ministro de Instrucción Pública de

(1) WILHOM KRIEGE. «La escuela neutra a la luz de la verdad», pág. 191. En este autor se pueden encontrar las opiniones de numerosos políticos, sabios, pedagogos y maestros en contra de la escuela neutra.

Italia, declaraba: «Yo no puedo aceptar el concepto de la escuela *neutra* y de la escuela atea; o sea, de una escuela privada de un espíritu que la anime, de una escuela que se declare indiferente hacia lo que debe ser su fin especial, como su principio vital: la educación».

Así, pues, a la escuela laica debe llamársele frecuentemente «escuela atea», «escuela contra Dios», y a los que hablen de la escuela *neutra* decirles que ésta no ha existido ni existe, y que será posible solamente el día en que los maestros se conviertan en vegetales o minerales.

Razón y Fe. (Madrid, agosto de 1924). *El Catolicismo en Inglaterra. Realidades y esperanzas*, por J. KEATING.

A juzgar por las esperanzas que a veces expresan los periódicos católicos extranjeros y por las conferencias a estilo de las últimamente habidas en Malinas, parece cosa harto difícil para los que no están muy versados en la historia religiosa, pasada y presente, de Inglaterra, formar juicio exacto del estado actual del catolicismo y de sus augurios para el día de mañana. Unas cortas líneas de quien reside en este país y anda muy metido en estas cuestiones, pueden ser de utilidad y gusto para los católicos.

Cierto que la rebelión religiosa del siglo xvi fué en Inglaterra tan absoluta como en Alemania, donde nació; pero las circunstancias de su desenvolvimiento le imprimieron un carácter bastante diverso. Comenzó con el cisma de Enrique VIII, que acabó en 1534 por usurpar definitivamente la jurisdicción eclesiástica, y al año siguiente condenó a muerte a los Beatos Tomás Moro, Juan Fisher y muchos otros, que rechazaron la supremacía real en la Iglesia anglicana. Pero fuera de ese punto, mantuvo, por lo general, las doctrinas tradicionales de la Iglesia, muy a pesar de los *reformadores* que lo rodeaban, los cuales durante el reinado de Eduardo VI (1547-1553), merced a la debilidad del rey niño, tuvieron libres las manos para obrar a sus anchas, y se hundieron en la herejía, negando, por ejemplo, la doctrina de la Eucaristía, como sacramento y como sacrificio, y consiguientemente las Ordenes Sagradas; y en este sentido se arreglaron los libros del *servicio*, que sustituyeron a los antiguos misales, que ni con toda sutileza los actuales anglicanos son capaces de interpretarlos en sentido católico. Mas los seis años que reinó aquel juguete coronado no bastaron a infiltrar el luteranismo en el pueblo inglés, aunque muchos Obispos habían apostatado y la consagración de otros era inválida, y la antigua religión se iba desmoronando donde alcanzaba el poder de esos prelados, la fe aún estaba viva en el corazón del pueblo; los pastores habían sido heridos o habían huído cobardemente; pero el rebaño permanecía aún dentro del redil.

Así, pues, apenas subió al trono la reina María, julio de 1553, puso manos a la obra de restaurar la religión tradicional; mas era preciso ir con cautela, porque muchos de los cortesanos de Eduardo se habían enriquecido con los despojos de la Iglesia, y se opondrían al restablecimiento del catolicismo, si a éste había de seguir la devolución de los bienes mal habidos; la dificultad se desvaneció cuando por bien de paz la Iglesia les cedió sus derechos. Volvieron a sus sedes los Obispos desterrados, se declaró legal y obligatoria la celebración de la Misa y se derogaron o revisaron por el Parlamento las otras leyes anticatólicas; los obispos herejes *eduardinos* fueron expulsados de sus

iglesias; los curas que se habían casado perdieron sus beneficios, y a fines de 1554 el Cardenal Polo, legado del Papa, absolvió solemnemente al pueblo del cisma y lo restituyó a la unidad de la Iglesia. Desgraciadamente, la reina murió sin sucesión en 1558, poco llorada del pueblo a causa de su justicia contra algunos herejes, que además de herejes, eran enemigos de su gobierno; la herencia de la corona recayó en la famosa Isabel, su hermana bastarda.

A esta mujer, en realidad le importaban poco las teorías religiosas: el interés fué norma de su política, y acabó por convencerse que a este interés convenía una Iglesia nacional independiente de Roma. Los cuarenta años de su reinado se mancharon con una terrible persecución contra la Iglesia Católica. De propósito, y según plan acordado, la Reina y sus consejeros echaron a volar la *mudanza de religión* (alteration of religion), frase significativa, que muestra no pretendían la moderna farsa de la *continuidad*. A los católicos se los calificaba de pertenecer a la *antigua religión*, a la *otra religión*; con lo que bien a las claras se publicaba que la Iglesia organizada por Isabel era una Iglesia nueva. Bajo el reinado de Enrique VIII, la Iglesia de Inglaterra pudo llamarse cismática, porque casi todos los Obispos y clérigos se doblegaron a la voluntad del rey; bajo Isabel, la Iglesia permaneció católica: los Obispos, con una sola excepción, fueron expulsados de sus Sedes; el clero parroquial, de sus parroquias, y en su lugar entraron ministros herejes, algunos verdaderos sacerdotes, los ordenados cuando había Ordenes legítimas, otros, los procedentes de los obispos eduardinos, sin tales órdenes. Así, pues; al lado de la Iglesia tradicional, que vivía entre los seglares fieles, y algunos pocos sacerdotes declarados fuera de la ley por negarse a apostatar, se alzó otra secta, madre de la actual Iglesia Anglicana, nueva en su Credo, en sus sacramentos, en su culto, en su disciplina. A pesar de los retazos de la doctrina católica, conservados en los XXXIX artículos para disimular el cambio; a pesar de retener las antiguas Catedrales e iglesias la flamante secta, establecida por una ley, dependiente de la autoridad civil en su existencia y en su jurisdicción, se hallaba tan lejos de la fe católica como el luteranismo que afectaba detestar. Era una Institución del Estado, y lo es todavía, y ayudó tenazmente a éste en su empeño de extirpar en Inglaterra la añeja fe católica.

Esta sobrevivió «a pesar de los calabozos, del fuego y del cuchillo». Un famoso seminario para la formación del clero católico, destinado a la misión inglesa, se abrió en Douay, en 1568, otros en Valladolid, Lisboa, Sevilla, St. Omer y Roma. Muy pronto, una corriente de misioneros celosos, regulares y seculares, sobre cuyas cabezas amenazaba la sentencia de muerte, si eran cogidos, salió de esos seminarios y se desbordó en Inglaterra, y luchando con toda clase de dificultades y peligros, conservó el fuego de la fe verdadera en muchos corazones. Poco a poco, conforme iban desapareciendo las antiguas generaciones católicas, las varias sectas protestantes se difundieron entre el pueblo, y los acaecimientos políticos pusieron desgraciadamente en manos del Gobierno Protestante una ocasión de mezclar el patriotismo con la profesión de la nueva religión. La serie de persecuciones bajo Isabel, Jacobo I, el *Commonwealth*, y la dinastía orangista, entronizada con Guillermo I, redujeron la población católica a un número exiguo; pero aun cuando las leyes fueron más severas y crueles, la mayor parte del pueblo se mantuvo adherida a la fe antigua.

Gobernábanlos algún tiempo directamente desde Roma por medio de admi-

nistradores, llamados Arciprestes, y después por Vicarios apostólicos. Entonces empezaron a aflojar las leyes penales, no precisamente por razones humanitarias, sino porque el Gobierno pensó que el escaso número de católicos no era ya de temer. Pero entonces también arreció el peligro, cuando desapareció el miedo a la muerte. El Gobierno de Guillermo I pudo lograr con las amenazas de destitución lo que las amenazas de la horca no habían logrado; y muchos, a los que se cerraban las puertas de la vida civil y social en su propia patria, despojados de su jerarquía, de sus cargos, amenazados con la ruina de multas buscaron su salvación en la apostasía. Fué la hora más negra que precede al crepúsculo. En 1778 se votó la primera ley de respiro (*The Relief Bill for Catholics*), y el grupito, «que no había doblegado su rodilla ante Baal», recobró algunas de sus libertades; se contaban, según dicen, de 40 a 70 mil; ¡o sea poco más o menos, uno por ciento de la población total!

Entretanto, la Iglesia anglicana, el engéndro herético que suplantó a la antigua religión, se hundía en el espíritu mundano y en la corrupción; y a mitad del siglo XVIII Juan Wesley y sus secuaces rompían con el anglicanismo y fundaban la secta Metodista; el *Oxford Movement*, en la primera mitad del siglo pasado fué un despertar del cuerpo amortecido, y debió a Newman y otros, que en el estudio de los Santos Padres hallaron buen caudal de las doctrinas católicas repudiadas por la Reforma. Este despertar produjo dos efectos: uno natural, lógico, el de volver a muchos a la Iglesia católica; otro, inspirado en el orgullo nacional, el empeño de restablecer el catolicismo... sin el Papa: «No queremos que ese hombre reine sobre nosotros.» Aparte de este encono antipapal, hay que reconocer algo bueno, a saber: que muchos protestantes desamparan buen número de herejías traídas por el protestantismo, y se enteran de muchas verdades enseñadas por la Iglesia.

Claro es que no puede eso llamarse un avance en la fe, porque les falta la base de esta virtud, que es reconocer la autoridad docente de la Iglesia; pero cooperan a llevar el conocimiento de las verdades católicas ante la turba irreligiosa, que, por lo general, ya no profesa credo ninguno. Se ven ahora en Londres iglesias protestantes cuyo adorno y apariencias son exactamente católicas, hasta engañar a los mismos católicos. Hasta emplean el misal romano en sus servicios y todo el rito exterior de la misa. Mas fuera de que sus ministros casi todos no tienen Ordenes válidas, y son simples laicos para los católicos, generalmente están aferrados a la herejía en punto a la base de la fe, como los protestantes más extremosos de los tiempos de la Reina Isabel, porque su credo y su culto es obra de su propio capricho: rechazan a toda autoridad personal. Los apuros de la controversia para defender estas posiciones ilógicas les han aguzado los ingenios en sutilísimas apologías llenas de ponderaciones y exageraciones de cuanto hallan en la Historia que suene a favor suyo y calladas en cuanto no les favorece. Pero cuando se llega a la pregunta definitiva ¿y qué prueba todo eso?, cae por tierra su pretencioso sistema, porque en sana lógica no hay término medio entre la autoridad infalible o el propio juicio. Muchos hombres de buena voluntad de otros países, movidos del celo y piedad hacia estos anglo-católicos, y no bien enterados de la historia de su origen, los animan, y llaman a ésta Iglesia *hermana* o *hija* de Roma. Pero ni en los tiempos pasados tuvo que ver nada con Roma ni ahora puede tener nada de común con ella, sino a condición de admitir lo que es esencial en los hijos de és-

ta: el reconocimiento del Papa como único Vicario de Cristo, y de la Iglesia Católica Romana como única Arca de salvación.

Apenas se libró de las leyes persecutorias la antigua Iglesia, la hija fiel de Roma, salvada providencialmente de la extinción durante aquellas centurias de persecuciones, comenzó a mostrar la eterna vitalidad y pujanza de su fe. Varias leyes de libertad siguieron a la de 1778: la Revolución francesa contribuyó a su desarrollo, ya porque demostró a los gobernantes que no hay vínculo social tan fuerte como la religión católica, ya por los miles de obispos y sacerdotes santos que llevó huídos a Inglaterra, los cuales acostumbraron a las multitudes protestantes a palpar lo que es el Catolicismo. La presión ejercida sobre el Gobierno por el pueblo católico de Irlanda, la que el Acta de Unión de 1801 puso, muy contra su voluntad, en contacto próximo con Inglaterra, presión que dirigió el incomparable genio de O'Connell, trajo por consecuencia final, en 1829, la derrota de los adversarios. Votóse el Acta de la Emancipación de los Católicos, y con ella la plena restauración de los derechos civiles y la absoluta libertad de conciencia para los católicos en toda la extensión del Reino Unido. Con todo, la convalecencia no fué cosa de un día; no se arrancan de golpe hábitos seculares. Los católicos siguieron siendo muy escasos en número, aunque hubiese desaparecido el peligro de extinción de las generaciones pasadas. Hasta mediado el siglo XIX, en que Pío IX restableció la Administración Episcopal; más aún, hasta que Pío X ordenó en 1911 la completa independencia canónica, no se pudo decir que la Iglesia de Inglaterra quedaba enteramente restaurada a su antiguo estado y primitiva condición, si bien continuaba desposeída de sus bienes materiales. Ante la antigua Iglesia, así restablecida en su vida jerárquica, resultan aún más ridículas las reclamaciones de los anglocatólicos a representarla. Dicho sea en honor del buen sentido de la masa protestante, para ellos esas reclamaciones resultan tan absurdas como para nosotros; es cosa para ellos evidente la zanja que los divide de la Iglesia anterior a la reforma, la cual, en su opinión, dejó de ser la Iglesia de Cristo.

El *Directorio Católico Inglés* de hoy muestra los grandes progresos logrados por el Catolicismo durante los cien años transcurridos de la Emancipación acá. Los 60.000, de 1778, se han convertido en unos 2.500.000; las escasas y desparrramadas capillas son hoy cerca de 2.000 templos, servidos por 8.000 sacerdotes, y su número crece de día en día. Las Casas religiosas, Colegios, Hospicios, etc., son numerosísimos. En cada uno de los últimos quince o veinte años, los convertidos andan alrededor de 11.000. Naturalmente, la medalla tiene su reverso: ni los sacerdotes ni las iglesias son suficientes, máxime fuera de las ciudades; en Gales y en el Suroeste y Este de Inglaterra, grandes regiones están completamente desprovistas de medios para el culto católico. En nuestras desmesuradas ciudades muchos se apartan de la fe por falta de educación o vigilancia; aun entre los de cierta cultura se ven deserciones, debidas a la atmósfera viciada por la herejía en que viven. Algunos se preguntan si el aumento en nuestras filas corre parejas con el aumento natural de la población. Pero, mirado el problema en su aspecto general, y teniendo a la vista la varia fortuna de la Iglesia en los distintos países, su estado y sus esperanzas en Inglaterra no pueden menos de halagarnos. Es la única institución que ha fijado normas de moral incommovibles en medio de una sociedad divorciada del cristianismo; gracias a la tenacidad de sus principios, ha sabido conservar en

sus manos la educación de sus hijos, a despecho de ataques incesantes; ella sola pone barreras a los males del divorcio y del malthusianismo; ella sola es depositaria de principios capaces, si se aplican honradamente, de apagar o amenazar las luchas internacionales o industriales. Y de hecho, en Inglaterra su influjo es muy superior a su fuerza actual: los amigos de la libertad tan desbocada la encuentra aquí, como en todas partes, resuelta, aguerrida enfrente de las teorías disolventes, y queda aún en el pueblo inglés buen fondo de la religión tradicional para no dejarse arrastrar en número considerable hacia el racionalismo.

Si la Iglesia logra traer en mayor abundancia obreros a su viña, y con ellos llegar hasta las masas descristianizadas de este pueblo, las esperanzas de cosecha fertilísima son seguras, y el fruto corresponderá ciertamente a la intensidad y trabajo de la siembra.

Revista Católica de Cuestiones Sociales. Julio de 1924. Un discurso de VÁZQUEZ DE MELLA, *Deberes actuales de la juventud*.

Honramos las páginas de nuestra REVISTA con la reseña de un discurso de don Juan Vázquez de Mella. El mejor, porque es el último, que el maravilloso y genial orador ha pronunciado.

Duélenos, cuando de reseñar un discurso del señor Vázquez de Mella se trata, carecer de texto taquigráfico. No es lo mismo referir lo dicho por él que reproducir sus propias palabras. La referencia no tiene ni puede tener la fidelidad de la frase, la cadencia y armonía de los períodos, la fuerza de la palabra subyugadora del gran filósofo poeta, gloria del habla castellana. Aunque ni la reproducción taquigráfica misma posee el calor y el color de la pieza oratoria, donde tanto pone el fuego del orador, el matiz del artista, dejándose llevar sobre las dobles alas de la ciencia y del arte, al soplo divino de la inspiración.

Ha hablado don Juan Vázquez de Mella, últimamente, en la brillante fiesta celebrada por la Confederación de las Congregaciones Marianas en el Teatro Real de Madrid. Y ha escuchado su discurso, subrayándole con aplausos nutridos y entusiastas, una concurrencia tan numerosa como selecta, presidida por el propio Monarca, en momentos iniciador de las ovaciones tributadas al elocuente pensador.

Este discurso de don Juan ha sido enderezado a la juventud, a las generaciones que son hoy las esperanzas del mañana. Y, ciertamente, nadie mejor que el excelso tribuno podría dirigirse a los jóvenes, porque de flor de perenne juventud es la inteligencia preclara del egregio artista de la palabra, que posee condensada para el estudio y la meditación, la experiencia secular de la Historia, la ciencia filosófica que rige el pensamiento de los hombres, y la fe ardiente que nace del amor a Dios sobre todas las cosas.

Habla Mella en todos sus discursos de Dios, al que ve en todo. Y el hecho religioso como fenómeno necesario y universal, partió en este para inducir la triple relación natural de causalidad, finalidad y conservación, y el triple enlace sobrenatural de la revelación, la gracia y el milagro.

¿Cómo expresar el raudo vuelo del filósofo por el espacio de su saber, y, sobre todo, cómo expresar la altura alcanzada por el artista de la oratoria, al vestir de imágenes deslumbradoras, de palabras llenas de musicalidad y plenas de poesía en admirables pensamientos?

Como un trueno, fragorosa y arrolladora, estalló la ovación unánime del concurso en repetidas ocasiones, cortando los períodos, ahogando la voz del orador, impelida por el entusiasmo de los que le oían.

Y cuando su palabra tocó el tema del patriotismo, en el que coinciden y condensan la fe católica, las tradiciones nacionales, las esperanzas en un porvenir próximo de grandeza hispana, entonces, fué el mismo Rey quien rindió tributo de admiración y ratificó con sus aplausos, la doctrina sentada por el tribuno que poco antes había pedido a la juventud que se inspirara en tres deberes: apostolado, sinceridad y moralidad, para servir y cumplir con el ejercicio de ellos, el deber inexcusable de patriotismo.

Dios y la Patria; he aquí el lema ofrecido a las juventudes por el orador gloria de la tribuna española y orgullo de su raza. Dios y la Patria. Este lema es todo un programa.

Nuestros lectores podrán apreciar el alcance del hermoso discurso en la reseña que de él publicamos, tomándola del extracto más amplio del discurso que conocemos y que dice así:

«Agradezco esos aplausos—dijo al comenzar—porque indican en vosotros un sentimiento de confianza en mí, que yo no comparto. Contrariedades y dolencias me han tenido mucho tiempo apartado de la tribuna, y temo que mi palabra esté enmohecida y mi pensamiento poco ágil. Las solicitudes reiteradas de personas que tienen sobre mí gran influjo me han obligado a prescindir de las fatigas del cuerpo y del espíritu. Pero hay además otro motivo para mí más poderoso: un recuerdo de aquel lejano hogar alumbrado por las llamas del honor a la virtud, que aún después de desaparecido por el rigor de la muerte proyecta sobre mi vida los últimos resplandores. De aquel hogar en el cual, cuando enfermo en cierta ocasión vi las negras alas de la muerte batirse sobre mi frente, hizo mi madre la promesa, que cumplió, de subir de rodillas los escalones de la gruta de Covadonga, para ofrecerme como un exvoto a la Virgen para que nunca me faltaran la fe ni su amor, haciendo en ella una delegación de maternidad, que hoy me obliga a venir a este acto, que en honor suyo se celebra, para no aparecer como desagradecido. (Grandes aplausos).

Al pensar qué es lo que podía hoy ofrecerle, vi que de todos los deberes que actualmente tiene la juventud, el primero es el religioso. Vi que la ignorancia religiosa es inmensa, que la impiedad, cabalgando sobre la inmoralidad, ha desgarrado la unidad de pensamiento, y me propuse, en consecuencia, estudiar el problema religioso partiendo desde el hecho universal del sentimiento de religión desde las más remotas edades. ¿Cómo se explica este hecho? Todas las escuelas más o menos tocadas de ateísmo no han sabido dar la explicación, unas al limitar abusivamente los dominios de la conciencia otras al exagerar el alcance de la experimentación, y todas al negar lo sobrenatural.

De las cuatro posiciones que frente al problema religioso puede adoptar la inteligencia, sólo es acertada la que afirma que hay una religión verdadera y que todas las demás son falsas. Ahora bien, ¿cuál es esa religión verdadera? Podía yo, al afirmar que es sólo el cristianismo, aducir como prueba el pueblo de Israel, como hizo en cierta ocasión un sacerdote al impío Federico II que era un buen estratega, pero un desdichado filósofo. (Risas). Pero quiero emplear argumentos más elevados.

A las tres grandes preguntas que se formula en todas las edades el género

humano—de dónde vengo, quién soy, adónde voy—han contestado siempre tres escuelas: el agnosticismo, que conduce a la negación misma de la realidad; el monismo panteísta, que al hacer imposibles las relaciones trascendentes del hombre con la divinidad, hace imposible también la religión, y el deísmo que, partiendo de la distinción entre lo contingente y lo absoluto, llega a la plena afirmación de Dios. (Ovación).

Sólo la religión cristiana ha podido establecer las verdaderas relaciones entre el hombre y Dios, enlazando a lo infinito y lo finito, sin confundirlos, por medio de la unión hipostática, que establece la verdadera adecuación entre el mundo y el Creador. Por eso la Encarnación del Verbo Divino es el dogma central de la creación, y por eso, más o menos claramente, han asestado contra él todas las herejías sus tiros.

Si quisiéramos demostrar la verdad de la Religión, no tendríamos que hacer más que acudir a lo que podría llamarse teología negativa: negad a la Iglesia y por lógica consecuencia, llegaréis a negar la misma naturaleza humana. (Grandes aplausos).

Afirmada vuestra fe, no habéis de guardarla en casa. Tenéis un deber de apostolado, de conquistar voluntades, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que recorrió montes y valles hablando con los pecadores. Y debéis lanzaros a la lucha con la verdad, que es intransigente, pero también con la caridad, para no flagelar a nuestros prójimos, por sus faltas, a imitación de Jesucristo, que tenía sus brazos abiertos para todos. (Estrepitosos aplausos).

Debéis además de ser sinceros, porque esa virtud va desapareciendo de entre los españoles, hasta el punto de que quizá hoy Montesquieu no nos pusiera como antítesis de la doblez de los chinos. Me decía en una ocasión el Cardenal Monescillo que la mujer era la única que sabía disimular que disimulaba. Después de discutir la materia convinimos en que la mujer disimulaba en las cosas pequeñas y el hombre en las grandes. Fué la fórmula más conforme con la galantería. (Grandes risas).

Habéis de hacer que vuestra fe se traduzca en obras, y dé como fruto una moralidad efectiva. No la moral del placer, ni de la utilidad, ni del ateísmo, sino la moral del Decálogo y del Sermón de la Montaña, en que caben todas las virtudes. El crimen recientemente castigado ha descubierto un fondo de inmoralidad en la sociedad, que aunque laudablemente procuró en seguida combatir el Poder Público, sólo puede ser ahogado por el oxígeno de la virtud. No hay que olvidar aquella ley histórica que demuestra que la impiedad y el vicio son los dos cirios siniestros que alumbran la agonía de una sociedad que se pudre. (Gran ovación).

El deber de luchar por nuestra religión nos lo impone nuestra misma condición de españoles, condición que debemos afirmar con tesón frente a los que parece que se empeñan en perder ese carácter. Tenemos una inmensa herencia de gloriosas tradiciones, que empujaron un día al mar que invadió costas lejanas haciéndolas nuestras, y no podemos envilecerla con la servil imitación de lo extranjero, en la enseñanza, en la cultura, en la historia, aceptando una leyenda negra, forjada por los que fueron nuestros vencidos. (Ovación estruendosa y prolongada), y amoldándonos al patrón exótico en la indumentaria y hasta en la cocina. (Grandes risas y aplausos). Debemos imitar de Francia e Inglaterra sus grandes virtudes morales, que podríamos fundir con las nues-

tras, y su ardiente patriotismo que les impulsa siempre a exaltar los valores nacionales. (Gran ovación); pero no convertir el tipo genuinamente español en una caricatura, perdiendo la fisonomía que han impreso en nosotros las generaciones y los siglos. (Entusiastas y repetidos aplausos).

Debemos enorgullecernos de haber nacido en esta España, que más que ninguna otra nación, merece el calificativo de creadora. Nosotros dominamos por la cultura a Roma, que nos había sojuzgado por la fuerza; infundimos la savia de la fe en las tribus visigodas; convertimos a Constantino e hicimos que la Iglesia, cual nueva paloma mensajera de paz, saliera de las grietas de las Catacumbas para posarse con las alas teñidas de sangre en la cima del Capitolio; detuvimos la ola musulmana y salvamos la civilización europea; ofrecimos al catolicismo un nuevo mundo en compensación de unas comarcas que le arrebatara la herejía; tuvimos filósofos y teólogos como Vitoria, Vives y Melchor Cano, y creamos una riqueza artística, que es la síntesis suprema de la actividad humana. (Muchos aplausos). Supo crear Cervantes las figuras de Don Quijote y Sancho, que constituyen dos verdaderas antítesis, y que por derecho propio han de entrar las primeras en la inmortalidad, escoltadas por el don Juan, de Tirso, y seguidas por el Segismundo, de Calderón, de tal manera que las tétricas figuras de Hamlet y de Otelo, si quieren alcanzar su misma gloria, habrán por fuerza de montar a la grupa del caballo del hidalgo. (Ovación prolongada).

Con Italia no tuvimos rivalidades artísticas. Dormía en su lecho de mármoles y flores cuando despertó sobresaltada por el ruido de nuestras armas. Mas al oír nuestra lengua y ver la gallardía de nuestros tercios, se reclinó en nuestra armadura como una nueva Julieta enamorada, y nos prestó sus glorias para que, juntas con las nuestras, nos labraran un trono en el Parnaso, de donde nadie ha sido capaz de arrojarnos. (Grandes y prolongados aplausos).

Cuando el poderío turco amenaza enseñorearse en Europa, y después de tomado Chipre, aparecía Venecia amenazada; cuando la cristiandad toda elevaba a los cielos su plegaria ferviente, vieron los pueblos cruzar tranquilo por las aguas, igual que Jesucristo por el mar enbravecido, al vencedor insigne de Lepanto, aquel don Juan de Austria, que recibió por herencia el corazón generoso de aquella Reina que murió loca de amor, que fué la personificación más alta de la raza y que unió el nombre de España a las más alta empresa que vieron los siglos. (Ovación).

Luchad también vosotros como aquellos soldados de Lepanto. Y si una nueva guerra reduce a Europa a un desierto en que sólo brille la lámpara del Vaticano, para atraer las miradas de los pueblos de allende al mar, hagamos de nuestra Patria la Covadonga de Europa. (Muchos aplausos).

Si somos fieles a nuestra Religión y a nuestra Patria, también el Poder Público resurgirá purificado, y con sus más altas representaciones irá a sentar sus reales, no sobre las colinas paganas del mero poderío terrenal, sino sobre el mismo Cerro de los Angeles, donde los brazos del Redentor se extienden como un dosel del Trono. (Entusiasta ovación, que se prolonga largo rato, y grandes vivas y aclamaciones).

Madrid científico. 1.^a quincena de Agosto de 1924. *La reproducción de los seres.*

Uno de los temas más interesantes de las ciencias biológicas, acaso el más interesante de todos, es la reproducción de los seres organizados. Caída por tierra, como no podía menos, la famosa teoría de la generación espontánea, los biólogos modernos han invertido fundamentalmente las antiguas hipótesis respecto al origen de la vida, y nuestro ilustre doctor Madrid ha tenido la feliz idea de abordar, recientemente, extremo tan controvertido en nuestra Academia de Medicina.

En remotos tiempos creíase que la sustancia viva no hacía más que repetirse constantemente, constituyendo la referida «generación» hasta que los experimentos fundamentales de Pasteur y Tyndall establecieron, que dado el estado actual de nuestro globo y el dominio de la observación, aquella no podía existir.

Los antiguos naturalistas, al fijarse en el origen de los seres vivos, consideraban que los diversos tipos animales se habían formado mediante una «generación espontánea»; que las distintas especies no eran tan perfectas, como se las observaba, sino que en el transcurso del tiempo habían ido perfeccionándose a través de muchas y sucesivas generaciones, esbozando ya, con estas ideas, la futura teoría de la evolución, que resumió Aristóteles, diciendo «que en todas las sustancias sólidas que se humedecen, como en todas las líquidas, se producen otros tantos seres animados, cuantas ellas pueden contener», admitiendo, de este modo, la formación de los animales, pero tan solo para aquellas especies que nacen vivas y que no provienen del huevo. De aquí consideraba que los gusanos intestinales proceden de transformaciones de los excrementos; las pulgas, de las carnes; los gusanos, de las plantas; los peces, de las charcas desecadas, que después han vuelto a llenarse de agua; los insectos de la madera y aún aquellos animales de una organización superior, aparecen también por «generación espontánea». Diodoro de Sicilia, en la descripción que hace del Egipto, afirma que los seres vivos tienen su origen en el limo del Nilo, bajo la influencia del calor solar, y Lucrecio dice que «es preciso que la tierra haya merecido el nombre de madre, que se le ha dado, porque todo ha salido de su seno: multitud de seres vivos salen de la tierra donde se han formado con ayuda de las lluvias y del ardiente calor del sol.

No es, por tanto, sorprendente que las especies más numerosas y más grandes, hayan nacido cuando la tierra y el cielo estaban en sus comienzos».

Y es que los antiguos filósofos naturalistas, como Plinio y Aristóteles, tenían por axioma el «que la vida nace de la putrefacción». Otro, como el P. Kincher, en su obra *Mundus subterraneus*, da una explicación curiosa de cómo se transforman los vegetales en animales, indicando las extremidades de las ramas en un *Virburnum*, las cuales, después de haber sufrido los efectos de la putrefacción, se convertían en insectos, llegando, en su entusiasmo, por la generación espontánea, a afirmar que, sembrando en la tierra polvo de serpiente, puede después hacerse una buena recolección de estos animales.

El gran naturalista italiano Aldrovandi (1522-1605), ilustra en su obra de «Historia Natural» un hecho por demás curioso, cual es, el de cómo las «aves casarcas» (especie de gansos marinos), pueden en algunos países, nacer como los frutos de los árboles, para lo cual representa un arbusto en cuyas ramas

hay varios «percebes, como si fueran frutos, y debajo de los mismos, diversas aves nadando. Era entonces creencia muy generalizada la de que los «percebes» que no son otra cosa sino animales moluscos, constituían los frutos de un árbol, los cuales, mediante sucesivas fases, se convertían en aves.

Boistuaud, en sus *Histoires prodigieuses*, cita el hecho de que al abrir un campesino una sepultura herméticamente cerrada y soldada, fué mordido por una serpiente que apareció en aquel momento, explicando su presencia por haber sido engendrada mediante la putrefacción de aquel cuerpo. También refiere la historia la aparición de un «sapo» entre grandes piedras, en las cuales no existía indicio alguno de aberturas, al maravillarse de cómo podría encontrarse allí aquel animal, dió como explicación el haberse engendrado mediante alguna sustancia húmeda de las piedras, la cual produciendo la putrefacción, ésta, a su vez, originaba el animal.

Felipe Bonanni, jesuíta (1638-1725), anunciaba que ciertos árboles, después de haberse podrido en el mar, producen gusanos que engendran mariposas, y estas se convierten en pájaros, y que ciertos animales nacen espontáneamente en el lino y en la tierra arenosa.

Otra creencia que rebasa los límites de la fantasía está afirmada por uno de los hombres más instruídos de su época, Van Helmont (1577-1614), quien hizo observaciones muy curiosas acerca del modo de procurarse «ratones» a voluntad. Valíase de un vaso donde encerraba trigo y una camisa sucia, y al producirse un fermento, el olor de los granos convierte a éstos en ratones.

De estos errores sustentados por algunos sabios pudieran citarse muchos. Hoy, la ciencia ha demostrado la verdadera reproducción de los seres. Fué Pasteur el primero que echó a tierra tales errores, y después de infinidad de experimentos en el terreno de la Microbiología, dijo ante la Academia de Ciencias de París: «He buscado durante veinte años la generación espontánea; mi conclusión es la de que dicha doctrina es quimérica».

Fijándose en la sexualidad de los Protozoarios, ofrece gran diversidad de formas, como ocurre en algún grupo de los Infusorios, en los cuales los individuos, en determinados casos, se acoplan longitudinalmente y soldados de este modo nadan durante algún tiempo, merced a sus cirros o pestañas, existiendo una verdadera conjunción para separarse después. Durante este acto se verifican diversos fenómenos en el aparato nuclear, en el que existen dos núcleos, uno grande (macronúcleo) y otro pequeño (micronúcleo): el primero parece presidir a la vida vegetativa durante los períodos de multiplicación ordinaria, degenerando después de la conjunción; el segundo experimenta varias divisiones entre los individuos que acaban de fusionarse, consistiendo este acto en una mezcla de sustancias nucleares («amphimixia nuclear»), es decir, en una fecundación recíproca entre dos individuos conjugados.

Otro de los problemas que abarca este estudio por parte de los biólogos es el de la herencia, advirtiéndose hipotéticamente, por algunos, que los caracteres hereditarios tienen su asiento en partículas excesivamente pequeñas que se encuentran en la materia viva, y que mediante las células sexuales se transmiten de una generación a otra. Las «moléculas orgánicas», de Buffon; las «gémulas», de Darwin; las «unidades fisiológicas», de Spencer; las «idioblastos», de Naegeli y Hertvig; las «pagénesis», de Vries, etc., no son otra cosa más que aquellas partículas que se ha pensado localizarlas en que un hijo

hereda a la vez los caracteres del padre y de la madre, y que no pueden estar contenidas más que en el huevo y en el espermatozoide, es decir, en la cantidad de cromatina. Fundándose en la existencia de estas partículas materiales, asiento de los caracteres hereditarios, Weismann formuló su teoría o hipótesis, que no descansa sobre hecho alguno de observación, por lo que viene a complicar más el asunto. Otros biólogos localizan dichos caracteres, no ya en el núcleo, sino en las «mitocondrias» del huevo y las que entran en la constitución del espermatozoide.

En aquellas especies animales en que hay separación de sexos se observa que aun dejando aparte la constitución de sus órganos genitales, existe una serie de caracteres, los cuales están ligados a la función reproductora, y a los que se les denomina «secundarios». Estas diferencias de diformismo sexual se acusan principalmente al exterior, no siendo perceptibles en muchos casos, sobre todo en los animales jóvenes, donde, en ocasiones, es imposible, por su examen externo, saber a qué sexo pertenece un individuo.

Como quiera que los hechos que suministra la Morfología referente a tales caracteres, ofrecen una discordancia grande en opinión de los biólogos, se ha hecho intervenir a la Fisiología, pensando en la importancia que tienen las «secreciones internas u hormonas», como se las designa actualmente.

Aun existe otro problema en estudio referente a la «determinación del sexo en los animales gonocócicos» (diferenciación de sexos), en lo cual no ha llegado a vislumbrarse una solución clara y terminante.

Esbozadas en líneas generales lo sustentado por el doctor Madrid, para que la fecundación se realice es necesario que el espermatozoo se una al óvulo al fin de transformarse en embrión. Si no hay fecundación después de la maduración del huevo, en ese caso éste se altera y degenera. Pero existe un cierto número de seres, en los cuales la hembra puede dar lugar a una nueva generación sin el concurso del macho, constituyendo lo que se denomina «partenogénesis», es decir, reproducción por hembras vírgenes, comprobada de una manera natural en los Insectos, Crustáceos, Nematodos, Rotíferos y Anélidos, y entre las plantas en la Caráceas, Helechos y Fanerógamas. También se ha observado en los Invertebrados.

Esta partenogénesis no se presenta siempre de una manera regular, sino que hay casos en que puede ser ocasional, como en los gusanos de seda, y en las estrellas de mar, mientras que en otros puede ser «facultativa», como el de la reina en las abejas, la cual puede o no fecundar sus huevos. De aquí el intento de algunos biólogos, como Loeb (1899), de aprovecharse de medios físico-químicos y constituir la «partenogénesis artificial», valiéndose para sus experimentos de los Equinodermos, en los cuales ha provocado el desarrollo de los huevos sin intervenir el espermatozoo. La fecundación, mediante los progresos realizados, pierde uno de sus aspectos vitalistas, y mirada desde el punto de vista dinámico, constituye un fenómeno puramente físico-químico, no siendo el espermatozoide más que el instrumento necesario para el desenvolvimiento del óvulo.